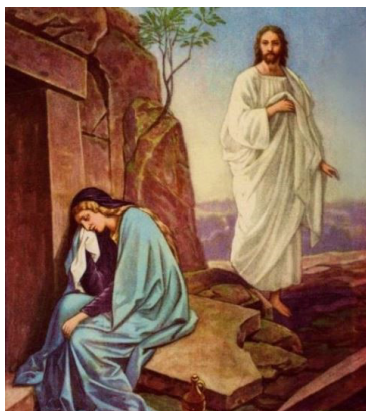




Para apreciar debidamente la grandeza del misterio de la Resurrección, hay que volver a sumergirse por un momento en la realidad de lo que ocurrió justo antes: la muerte de Nuestro Señor. Cristo, tan bueno, ese Mesías tan esperado que trae la esperanza y la salvación del mundo, Aquel por quien los apóstoles lo abandonaron todo y cuya gloria comenzaba a extenderse por todas partes, he aquí que es condenado y asesinado en menos de veinticuatro horas. ¡Qué golpe! Todo se detiene. Los apóstoles están abatidos. Su Maestro y Señor ya no está. El fracaso es insoportable. Sí, en esta mañana de Pascua reina la tristeza.



Pero una llama permanece. Solo la Santísima Virgen, a pesar de todas las evidencias, sigue creyendo y mantiene la fe de la Iglesia naciente. María vivió el Sábado Santo dividida, por un lado, entre un inmenso dolor sensible —ligado al recuerdo de la Pasión aún presente en su mente— y, por otro, su fe en la certeza de la Resurrección. En efecto, el recuerdo del suplicio sufrido por su Hijo la abruma, no la abandona y se alza ante sus ojos llorosos. Sigue sintiendo en todo su ser aquel cuerpo inerte y desgarrado que llevó en sus brazos al pie de la Cruz, aquel rostro tan bello que se había vuelto irreconocible, aquel Corazón tan amado y traspasado. Su dolor humano es enorme: el dolor de una madre perfectamente comprensible, sobre todo porque ninguna madre ha amado a su hijo como Ella.

Por eso, el Sábado Santo, vivió una verdadera agonía, sola, a imagen de Jesús en Getsemaní. Pero al mismo tiempo, en su alma, su fe inquebrantable en la Resurrección de su Hijo le aporta paz. Esa fe la mantiene con vida. Por eso, en esta mañana de Pascua, Ella no corre, no va al sepulcro, no busca a Jesús: lo espera. Su Corazón, abatido por el dolor, se prepara, sin embargo, para la emoción del reencuentro. ¿Quizás en este momento histórico Ella establece un vínculo con el recuerdo de cuando encontró a Jesús en el Templo? Quizás ese recuerdo la tranquiliza y la sostiene.

Y de repente... Su Jesús está ahí, ante Ella, resplandeciente de belleza, de vida, de amor. Su mirada se hunde en los ojos de su Madre. Sus corazones vuelven a estar unidos. De hecho, según la tradición, la mañana de Pascua, Jesús reserva su primera aparición para su Madre, lo cual es perfectamente lógico. Cabe señalar que los evangelistas no lo mencionan. ¿Por qué no evocar este momento esencial? Podemos ver en ello, entre otras, dos razones. Por un lado, es imposible describir la intensidad de ese instante, ya que las palabras humanas resultan aquí impotentes. Por otro lado, la intimidad de ese momento pertenece únicamente a los dos Corazones de Jesús y María, y eso nos queda oculto. Pero intentemos, no obstante, acercarnos a la belleza de su encuentro.

Dom Guéranger describe la escena:

«Nuestro Señor se dignó describir Él mismo esta escena inefable en una revelación que hizo a la serafínica virgen santa Teresa. Se dignó confiarle que la aflicción de la Madre divina era tan profunda que no tardaría en sucumbir a su martirio, y que cuando Él se le apareció en el momento en que acababa de salir del sepulcro, Ella necesitó unos instantes para recuperarse antes de poder saborear tal alegría; y el Señor añade que permaneció mucho tiempo junto a Ella, porque esa presencia prolongada le era necesaria. (...)

*¿Qué lengua humana se atrevería a intentar traducir los desahogos del Hijo y de la Madre en ese momento tan anhelado? Los ojos de María, agotados por el llanto y el insomnio, se abrieron de repente a la luz suave y viva que le anunciaba la llegada de su amado; la voz de Jesús resonando en sus oídos, ya no con el acento doloroso que hace poco descendía de la Cruz y traspasaba como una espada su corazón maternal, sino alegre y tierna, como corresponde a un hijo que viene a contar sus triunfos a quien le dio la vida; el aspecto de aquel cuerpo que recibía en sus brazos; hace tres días, ensangrentado e inanimado, ahora radiante y lleno de vida.»*¹⁰⁶

El hecho de que Nuestro Señor se le apareciera primero a la Santísima Virgen es comprensible. Ella es su Madre. Eso basta. Pero se pueden percibir otras razones. Fue Ella quien más sufrió después de Él. Fue Ella quien mantuvo la fe. Por lo tanto, es normal que le corresponda a Ella el honor de esta primera aparición. San Ignacio de Loyola explica que la Resurrección de Nuestro Señor es el acto fundacional de la Iglesia. Ahora bien, esta Iglesia está confiada a la Santísima Virgen y, por lo tanto, es normal que Cristo se le aparezca a Ella primero. Existen muchas otras razones y sería demasiado largo enumerarlas aquí.

Después de su Madre, Jesús reservó su segunda aparición para santa María Magdalena. Una vez más, esto suscita preguntas. ¿Por qué a ella antes que a los apóstoles? Es cierto que ella estaba al pie de la Cruz y que Nuestro Señor sin duda quería agradecerle su valentía y su fidelidad. Pero san Juan también estaba allí y no tuvo derecho a esa segunda aparición. Sin duda, hay que buscar la explicación en la misericordia. Cristo vino a salvar a los pecadores. Nada le complace más que un pecador arrepentido. Es el buen pastor, tan feliz de encontrar una oveja descarriada. Es el padre que ofrece un banquete para el hijo pródigo que vuelve a él. Santa María Magdalena es el símbolo de ello, ella que tanto lloró por sus pecados. Al aparecerle justo después de la Santísima Virgen, Jesús quiere mostrarnos cuánto lugar ocupan los pecadores arrepentidos en su Corazón.

«Os digo que habrá más alegría en el Cielo por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse» (Lc 15, 9).

Pasemos ahora al fruto de este primer misterio glorioso: la fe. Hoy en día, este concepto suele malinterpretarse y se oye decir: «Tengo fe, porque creo que Dios existe». Sin embargo, esto expresa una simple creencia, más o menos vaga, en un ser superior del que no sabemos gran cosa y que, a menudo, no influye en nuestra forma de vivir. Esta creencia es, de hecho, un simple razonamiento natural y lógico que cualquier persona puede hacer. Una gran parte del mundo cree en un ser superior, incluso los masones, que creen en el Gran Arquitecto del Universo. Y, sin embargo, no tienen fe, ni mucho menos. De ahí surge, por cierto, la conocida confusión: las religiones son iguales porque, al fin y al cabo, todos creemos en un ser superior, en un Dios. En resumen, todos tenemos fe. Pero esto es particularmente inexacto. La fe consiste en creer en Dios tal y como se nos ha revelado. Es creer en Dios tal y como es, la Santísima Trinidad. Esto es lo que nos enseña santo Tomás de Aquino:

«Existe una doble verdad respecto a Dios: una a la que puede llegar la investigación racional —por ejemplo, que Dios existe, que es uno, y otras verdades similares que los filósofos han demostrado sobre Dios mediante la luz natural de la razón—; y otra que supera toda la capacidad de la razón humana, como la Trinidad de las Personas Divinas. Por lo tanto, hay verdades divinas accesibles a la razón y otras que la superan por completo.»¹⁰⁷

Así pues, la fe de la Santísima Virgen el Sábado Santo no consistía en creer en la existencia de Dios. La fe de la Santísima Virgen consistía en creer lo que Su Hijo había revelado: Su Resurrección. Los apóstoles, que siempre creyeron en la existencia de Dios, habían perdido la fe porque dudaban de esa Resurrección. En otras palabras, la fe consiste en creer en la Santísima Trinidad, en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, en la presencia real en la Eucaristía, en la Santísima Virgen Madre de Dios, en la Inmaculada Concepción, en la vida eterna... La fe es el Credo. Esto lo encontramos en la gran oración del acto de fe:

«**Dios mío, creo firmemente en todas las verdades que nos has revelado y que nos enseñas por medio de tu Santa Iglesia, porque ni tú puedes equivocarte ni puedes engañarnos.**»

Pero la fe no es ciega. Tener fe no significa que el hombre no pueda luego tratar de comprender el contenido de la fe con su inteligencia. San Anselmo de Canterbury lo sintetizó magníficamente en una fórmula: «*La fe que busca la inteligencia*». ¹⁰⁸ Esto es exactamente lo que hizo la Santísima Virgen durante la Anunciación. Ante el anuncio del Ángel, Ella puso en marcha su inteligencia para esclarecer su fe y planteó la pregunta: «¿Cómo es esto posible...?». Este es también el enfoque de la meditación sobre los misterios del Rosario que Ella nos pidió en Fátima. Empezamos por creer en los misterios revelados y, a continuación, nuestra inteligencia nos permite profundizar en ellos y comprenderlos

mejor durante esos quince minutos con Ella. San Agustín enseña que la fe precede y la inteligencia sigue: *«Cree para comprender»*.¹⁰⁹

Así pues, para terminar, recemos por todos aquellos que aún no tienen fe, repitiendo esta hermosa oración que el ángel de Fátima nos enseñó en 1916 para preparar a los pequeños videntes a la llegada de Nuestra Señora:

«Dios mío, creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por todos aquellos que no creen, que no adoran, que no esperan y que no te aman».⁷

Régis de Lassus

Fundador de Salve Corda

Alianza de los Primeros Sábados de Fátima

www.salve-corda.org